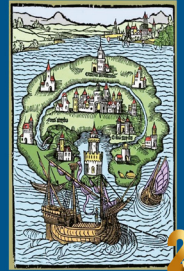


LA ISLA IMAGINADA: HISTORIA, IDENTIDAD Y UTOPIA EN LA ESPAÑOLA

Hugo A. Nateras Jiménez*

Pedro L. San Miguel



La isla imaginada
Historia, identidad y utopía en La Española

Me gustaría comenzar este breve texto resaltando el hecho de que hace unos meses se cumplieron 25 años de la publicación del libro *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, del historiador Pedro L. San Miguel, y que en ese marco de celebración, Ediciones MSC y Editorial Universitaria Bonó decidieron lanzar una nueva edición. Este acontecimiento editorial es un indicio de la amplia recepción que ha tenido la obra y de la pluralidad de debates historiográficos que ha motivado en distintos espacios académicos a lo largo de un cuarto de siglo, tal y como lo muestran las tres ediciones previas en español (1997, 2007 y 2019), y la versión en inglés que publicó en 2005 The University of North Carolina Press en su serie *Latin America in Translation*.¹

La nueva edición de una obra historiográfica como *La isla imaginada*... tiene el gran mérito de volverla asequible a otra generación de lectores –como es mi caso– y con ello encontrar nuevas lecturas, detonar preguntas, ampliar horizontes de investigación y prolongar el diálogo crítico. A este atractivo se le suma la inclusión de un prólogo escrito por Raymundo González, un prefacio y, lo que considero más importante, un postfacio en el que San Miguel reflexiona abiertamente desde su presente sobre el contenido del libro desde una perspectiva teórica y política, es decir, como historiador y ciudadano.

Dicho esto, quisiera recuperar una idea que

* Doctorado en Historiografía por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.

¹ Una primera versión de este escrito fue presentada en la sesión del Seminario Permanente de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC) a finales del año 2022. En esa sesión se realizó un acto celebratorio por los 25 años de la publicación de *La isla imaginada*..., donde fui invitado por la Dra. María Teresa Cortés a fungir como comentarista del libro.

el profesor San Miguel presenta al inicio de su libro, aquella que nos dice que el sentido o significado de un texto no se agota en la codificación que resulta de la escritura, ya que las lecturas también producen significados, establecen interpretaciones y fijan sentidos. Y lo menciono porque las ideas que a continuación voy a desarrollar no son sino el resultado de mi *experiencia de lectura* particular, situada en un horizonte temporal y en unas coordenadas historiográficas específicas.

Michel de Certeau, en su obra seminal *La escritura de la historia*, llegó a escribir que no había consideraciones, por más abstractas o generales que se asumieran, que logran borrar la particularidad del lugar social desde el que hablamos o escribimos: “esa marca es indeleble”. Por lo que ese gesto u *operación historiográfica* que traslada las “ideas” a lugares es precisamente el gesto del historiador. Comprender una obra histórica implica analizarla en términos de una producción localizable (De Certeau, 2010:67).

A continuación, entonces, buscaré esbozar algunas coordenadas historiográficas del *lugar* en el que sitúo el libro *La isla imaginada*. En torno a la década de 1970 comenzó a ser más visible eso que Frank Ankersmit definió como la *nueva filosofía de la historia*, movimiento teórico en el que se suele incluir a autores como Arthur Danto, Louis Mink, Hayden White y al mismo Ankersmit. Estos cuestionaron seriamente los presupuestos epistemológicos de la “historiografía académica tradicional”: su concepción “representacionista” del conocimiento histórico, su ideal de alcanzar la interpretación “verdadera” acerca del pasado y su consideración de la historia como ciencia. Esta nueva filoso-

fía de la historia lanzó un llamado a reflexionar teóricamente sobre la gama de recursos lingüísticos que hacían posible las expresiones de los discursos que se pretenden significativos del pasado y su relación con los presentes y los futuros, además de que, al poner el acento en la *narratividad* de los discursos, buscaron alertar sobre las significaciones de los textos históricos en su totalidad de manera autónoma y no en relación con los significados que aisladamente pueden tener los enunciados empíricos singulares.²

Durante esta misma década, pero en espacios académicos como el francés, la historia en tanto disciplina también pasó por un periodo de crisis y a consecuencia de esto las dudas metodológicas y epistemológicas se acentuaron. Producto de esta “crisis” fue la emergencia de aquello que François Dosse ha definido como el “giro reflexivo” (Dosse, 2012) y Alfonso Mendiola, para el caso mexicano, como el “giro historiográfico” (Mendiola, 2000). En términos muy generales es posible señalar que lo que se generó fue una mayor toma de conciencia en torno a la idea de que la escritura no era un simple reflejo pasivo de lo real, sino que era un constructo que resulta de una tensión insuperable entre el interés por dar cuenta del pasado y un cuestionamiento que emana del presente del historiador. Además de que implicó una transición desde una reflexión externa de la historia a una reflexión interna, *autorreferencial*. Esto es, que la reflexión teórica se comenzara a hacer desde la propia práctica de escritura de la historia, y no desde otros saberes, y que esta reflexión ya no se considerara una actividad secundaria o prescindible, sino que la propia investigación histórica necesita de ella para poder llevarse a cabo.

Estas coordenadas, en síntesis, desde mi particular punto de vista, son las que vuelven *inteligibles* los soportes historiográficos sobre los que San Miguel construye su libro. Es en este diálogo intelectual en el que habrá que situar las dudas, los cuestionamientos hacia la “obje-

tividad”, la preminencia del “hecho histórico”, la neutralidad, la función política del saber histórico e incluso el tipo de lectura que realiza sobre algunas narraciones clásicas de la historiografía dominicana, a las cuales se les ha asignado tradicionalmente el papel de “escrituras sagradas”.

Es desde ahí, también, que destaco el peso que las formulaciones teóricas de Hayden White tienen en el conjunto del libro. En específico me refiero a la recuperación que hace en la Introducción de la idea de que no son los “hechos históricos”, en sí mismos, los que determinan la naturaleza de la explicación o la verdad, sino que son las narraciones (eso que llama la *poética de la historia*) las que establecen los hechos que serán relevantes y los criterios de verdad. O dicho de otra manera, si algunos “hechos” resultan significativos o decisivos es porque validan la interpretación global en la que se insertan. Y esto lo observa muy claramente San Miguel en la historiografía dominicana, en la que se les asignó una serie de significados fijos a algunos acontecimientos. Lo que, a su vez, permite revelar la profunda relación que se gesta entre historia, poder o escritura y ejercicio político.

Esta lectura atenta de White se plasma claramente en uno de los objetivos del libro, ya que el autor establece desde un principio que no se va a concentrar en el amplio mundo de los datos o “hechos”, sino en la forma en que operan las “funciones retóricas” en la precodificación de lo que se cuenta como hechos en función de una argumentación específica. Así, San Miguel renuncia a ofrecer rectificaciones históricas o a señalar errores factuales y, en cambio, apuesta por un análisis crítico de las narraciones históricas en su relación con el poder, con la formación de identidades, con los proyectos políticos y culturales, y en la configuración de las utopías.

Ahora bien, en lo que se refiere al contenido del libro nos encontramos en el primer capítulo, “La colonia imaginada: Visiones históricas sobre el Santo Domingo colonial”, con que Pedro San Miguel recupera a Hayden White y su idea de que los textos históricos en la configuración de sus tramas reproducen una serie de arquetipos de la novela, como es la *comedia*,

² Para profundizar más en este tema se puede consultar el excelente libro de Verónica Tozzi, *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Argentina, Prometeo, 2009.

la *tragedia* y la *sátira*. Es a través de estos arquetipos que el historiador le otorga un “significado” específico a la narración que realiza del pasado. Con este instrumental teórico y analítico se sumerge en la lectura de diversos autores dominicanos, situados en horizontes temporales e ideológicos distintos, y encuentra que lo que une sus narrativas es el predominio de una cierta “visión trágica”. Así a lo largo de este capítulo se abordan figuras del siglo XVIII como Antonio Sánchez Valverde (1729-1790); del siglo XIX como Pedro Francisco Bonó (1828-1906) y José Gabriel García (1834-1910); y tres representantes de la intelectualidad del siglo XX: Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954), Joaquín Balaguer (1906-2002) y Juan Bosch (1909-2001).

En el segundo capítulo, “Discurso racial e identidad nacional: Haití en el imaginario dominicano”, San Miguel nos muestra cómo el agudo problema de la identidad atormentó a la intelectualidad dominicana y las múltiples formas a través de las cuales buscó construir un “nosotros” frente a un “otro”. Así durante los siglos XVIII y XIX las élites (políticas e intelectuales) buscaron afanosamente distinguirse de otros sectores por medio de su ascendencia y de su posición socioeconómica. Ante el “otro” negro y campesino, el hacendado, el comerciante y el letrado afirmaron su blancura y su hispanidad. Pero con el paso del tiempo, instalados en pleno siglo XX, los sectores dominantes se enfrentaron con el problema de que ese “otro” reclamaba un lugar en las cuentas de la nación, por lo que a partir de ese momento, comenzó un proceso de rearticulación discursiva e ideológica en torno a la metrópoli, en unos casos, o a otras tradiciones étnico-culturales que ya no se podían eludir así sin más. De modo que ya no era posible preguntarse sólo por el qué de la nación, sino por el *quién* de la nación.

El libro nos muestra la importancia de entender cómo la existencia de dos colonias (una española y otra francesa) en la isla La Española dio pie a la gestación en República Dominicana de un discurso nacional de oposición a Haití. Lo dominicano, entonces, se comenzó a perfilar como lo contrario a lo haitiano. Así sucedió en

todos los órdenes de la vida y quizá con mayor dureza durante la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo: al vudú haitiano se le opuso el catolicismo, al *créole* el español, a la negrura el mulatismo y la blancura. Como certeramente escribe San Miguel, “la ideología en torno a lo nacional dominicano ha gravitado marcadamente en torno a una otredad: lo haitiano” (p. 75).

En el capítulo III, “La isla de senderos que se bifurcan: Jean Price-Mars y la historia de La Española”, encontramos una fuerte impronta borgeana, que lo mismo se muestra en el título que en el entramado argumental del texto. Para San Miguel, el cuento de Borges puede pensarse como una “metáfora apropiada sobre la escritura de la historia”, ya que las miradas que realizamos al pasado son reflexiones, “poéticas acerca del tiempo”, cuya finalidad no sería otra que dominarlo para satisfacer aspiraciones de felicidad y justicia, o hacer frente a los temores que nos acechan. Además de que en el pasado hay espacios, como en el texto de Borges, donde las temporalidades se intersectan, se acercan, se alejan, coinciden o se bifurcan.

Todo este preámbulo borgeano le sirve a San Miguel como una especie de coartada para hablar de otro libro, *La República de Haití y la República Dominicana*, escrito por el intelectual haitiano Jean Price-Mars (1876-1969). En esta obra “laberíntica” su autor construye una serie de senderos históricos, etnológicos, sociológicos y literarios a través de los cuales busca trazar la evolución de la isla desde el periodo colonial, y con ello detectar los elementos que posibilitaron el surgimiento de dos naciones. Pero al recorrer todos estos caminos inevitablemente se encuentra con el asunto de la identidad.

Price-Mars es ubicado junto a otros grandes intelectuales como Fernando Ortiz, Gilberto Freyre y José Carlos Mariátegui, ya que comparte con ellos un interés profundo por repensar la nación desde una perspectiva que recupere la cultura popular. En su caso busca descubrir las raíces africanas de la sociedad y cultura haitiana. Además de que detecta que la separación entre élites y masas era de tal grado que más bien se podía hablar de “dos naciones dentro de la Nación”.

La aguda lectura del libro de Price-Mars le permite a San Miguel postular una serie de tesis que organizan, estructuran y le otorgan una significación al conjunto de la narración. Entre éstas se encuentra la “gran tragedia del negro”, que funge como hilo conductor. Dentro de esa gran tragedia ubica la cruel esclavitud y señala que de la opresión y el sufrimiento que padecieron surgieron múltiples expresiones de resistencia, así como una voluntad de constituir una comunidad, una nacionalidad. Ese sentido de pertenencia, de colectividad, de sufrimiento, fue lo que les permitió *inventar* o *imaginar* una comunidad cuyo eje era la lucha contra la esclavitud.

Al cambiar de óptica, e instalarse en la sociedad dominicana, Price-Mars sostuvo que era prácticamente imposible mantener lazos con una sociedad como la dominicana, sobre todo por la prevalencia de un discurso nacional que resaltaba su hispanidad. Desde esta perspectiva, lo “indio”, lo “negro”, representaban la “barbarie”, la imposibilidad de acceder a la civilización. En términos concretos, la lectura que realiza San Miguel del intelectual haitiano le permite afirmar que el rechazo que existía en República Dominicana hacia Haití era parte de una atmósfera intelectual cuyo eje central era el dilema entre civilización y barbarie, lo culto y lo salvaje, la historia y los pueblos sin historia.

En el último capítulo, cuyo título es “Para ‘contar’ la nación: Memoria, historia y narración en Juan Bosch”, San Miguel comienza por lanzarnos la pregunta sobre las relaciones que existen entre la obra literaria y el pensamiento político-social del importante intelectual Juan Bosch. Y lo hace porque le interesa desplegar una serie de herramientas analíticas e interpretativas para leer la totalidad de su obra. Por ello postula una interpretación que divide en dos momentos la obra de Bosch, aunque ambas como parte de un *proyecto nacional modernizador*. La primera etapa sería aquella vinculada con su trabajo cuentístico y la segunda, ya en el exilio, se orienta a la configuración de un proyecto político social de carácter modernizador. Aunque como el mismo San Miguel lo indica, quizá la mayor innovación en el planteamiento que realiza se encuentra no en esas dos etapas, sino

en su negativa a leerlas en términos de una delimitación entre obra literaria, de ficción, por un lado, y obra político-histórica, por otro, ya que las ve como “expresiones narrativas” en cuanto a que se refieren a una “comunidad imaginada”, expresión utópica de la nación a la que aspira o que contiene imágenes de la nación que busca superar.

San Miguel nos ofrece algunas claves de lectura sobre ambas etapas. Acerca de la primera nos dice que la cuentística de Bosch fue el medio del que se sirvió para expresar conflictos y tensiones causadas por los “encuentros y desencuentros de la modernidad” en República Dominicana. Además de que en esos primeros trabajos no sólo se alojan las memorias del joven Bosch, sino que incorporan experiencias, vivencias y narraciones de “otros”. De ahí que San Miguel crea necesario partir de la oralidad y las mediaciones entre ésta y la palabra escrita para comprender los cuentos de Bosch. En su segunda etapa, ya en los terrenos del ensayo político, el campesino fue desapareciendo de su escritura y cedió el protagonismo frente a otros agentes modernizadores como el partido y el Estado. Y si bien está claro que se encuentra distante de las posiciones que asumen que la nación es solamente el Estado, resulta evidente el papel central que va adquiriendo en sus narraciones.

Por último, me gustaría cerrar este texto con la recuperación de un par de elementos presentes en el postfacio. Es muy sugerente leer las líneas que San Miguel preparó especialmente para esta nueva edición de *La isla imaginada...* y ver la forma en que reinterpreta su libro, lo sitúa en medio de una serie de discusiones teóricas y políticas, así como el modo en que lo define como un punto fundamental dentro de su trayectoria profesional y vital.

En la hechura de este “cisne negro”, como San Miguel lo define, contribuyeron diversos factores, como las discusiones suscitadas en torno a la cuestión racial, las identidades y la nación en tanto entidad histórico cultural. En lo que se refiere al panorama historiográfico menciona la importancia de Hayden White, Michel de Certeau y Benedict Anderson, pues la lectura de sus obras le proporcionaron valiosos insumos

para pensar la *escritura de la historia*. Y en el nivel más claramente político se encuentra la inquietud que lo aquejaba en torno a la función de los intelectuales, especialmente en su papel de forjadores de imaginarios sociales y políticos y sus relaciones con el poder y el Estado.

En *La isla imaginada*... vemos, entonces, los resultados de una lectura que desde una “historia literariamente informada” se realiza sobre un conjunto de textos “clásicos” de la historiografía dominicana. Lectura que le permitió a San Miguel identificar la presencia de ciertas estructuras narrativas y artificios retóricos (entre ellos la visión trágica), el papel que esas narrativas hechas por los intelectuales jugaron en la configuración de imaginarios nacionales, el discurso racista y antihaitiano como soporte de la nacionalidad dominicana y la centralidad de la dialéctica entre “civilización y barbarie” en todos los debates en torno a la nación.

Leer hoy, esta nueva edición de una obra como *La isla imaginada*... nos permite seguir a un historiador a lo largo de una *aventura intelectual* que lo mismo nos invitará a pensar la historia (en tanto práctica y discurso), que a dialogar críticamente sobre asuntos espinosos como la “verdad”, la “objetividad”, la ciencia, la función del intelectual y las relaciones entre escritura y poder. Así que no queda más que celebrar el 25 aniversario y la puesta en circulación de una nueva edición de un libro tan importante como éste, pues su lectura, así como a San Miguel su elaboración, nos hará más autorreflexivos, más críticos a la hora de ponderar las interpretaciones, los entramados conceptuales, los postulados teóricos, metodológicos y escriturales a partir de los cuales ejercemos el oficio de historiar.

Bibliografía

- DE CERTEAU, Michel (2010), *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana.
- DOSSE, François (2012), *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y la atención a las singularidades*, Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae.
- MENDIOLA, Alfonso (2000), “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 15.
- TOZZI, Verónica (2009), *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Argentina, Prometeo.
- PEDRO L. San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, Santo Domingo, Ediciones MSC/Editorial Universitaria Bonó, 4ª. edición, 2022.